

La calle para el lunes 21 de diciembre de 2009
Diario de un espectador
Libro albedrío
por miguel ángel granados chapa

Uno de los males que nos dejó el año que por fortuna va a terminar, fue la suspensión del suplemento de libros *Hoja por hoja*, que aparecía en los diarios *Reforma*, *El Norte* y *Mural* –hermanos de este *Metro*-- y en una docena más de periódicos de los estados de la república. Recordemos con ese deplorable motivo una succulenta sección que, en un obvio juego de palabras, se titulaba “Libro albedrío”. En ella autores invitados ex profeso narraban sucintamente su relación con los libros y las bibliotecas. Leeremos algunos de esos testimonios antes de la Navidad.

He aquí el primero, brevísimo, de Gabriel Zaid, poeta y ensayista, amén de ingeniero industrial administrador. Los editores titularon “Extravíos” a su contribución:

“Mi biblioteca está formada por libros que pienso leer. Los libros que ya leí o que ya no leí (después de un tiempo razonable) los regalo. Por eso he tenido muchas bibliotecas y en realidad ninguna. Tengo una colección cambiante de esperanzas de lectura.

“Hay quienes sueñan con tener detrás una biblioteca impresionante, para fotografiarse, para las visitas, para que se defiendan (o peleen) las viudas y los hijos. Hay quienes sueñan con estar de vuelta de haberlo leído todo, o cuando menos las lecturas obligadas. Más de uno ha fantaseado con algún nuevo método que permita ponerse los libros sobre la cabeza, para absorberlos por transmisión directa al cerebro.

“Quizá algún día los libros se puedan inyectar. No estaría mal, para volver innatas las tablas de multiplicar, o el directorio telefónico, las fechas históricas, los diccionarios, los idiomas, los clásicos, los autores de moda, los trofeos que demuestran que uno ha viajado. Pero yo sueño con viajar.

“Mi sueño es desmesurado. Tener todo el tiempo del mundo para leer sin que me interrumpen. Viajar sin fin por la biblioteca de Babel. Perderme entre la selva de libros y más libros como palmeras, como oleajes, como pájaros. Aventurarme en la maleza de párrafos interminables con garabatos espinosos, el piquete feroz de alguna errata, la resina de tintas olorosas en el guayabo del saber, el rumor atrayente de un argumento que no se sabe a dónde va, que desemboca en la felicidad de una playa inesperada. Alcanzar las sirenas dichosas en lo suyo, que sin embargo cantan para mí. Olvidarme, dejando mi cuidado entre los líquenes indescifrables”.

No siempre los textos publicados en “Libro albedrío” de *Hoja por hoja* fueron escritos ex profeso, a pedido de los editores. Por lo menos una vez se tomaron párrafos de un escritor clásico, como R.L. Stevenson, que habla de sus lecturas:

“Shakespeare es el que mejor me ha funcionado: pocos amigos vivos han tenido una suerte tan fuertemente benéfica sobre mí como Hamlet o Rosalinda. A esta última, ya de por sí bien amada en la lectura, tuve la enorme fortuna de verla, supongo que en un momento particularmente sensible de mi alma, interpretada por Mrs Scott Siddons; nada me ha conmovido, deleitado y refrescado tanto, y la influencia ha permanecido. El breve

discurso de Kent frente al moribundo Lear tuvo un gran efecto en mi mente y se convirtió en el equipaje de mis reflexiones durante mucho tiempo, de tan profunda y hermosamente generoso que es en su sentido y poderoso en su expresión. Tal vez mi más querido y mejor amigo, fuera de Shakespeare es D'Artagnan –el D'Artagnan anciano, el del Vizconde de Bragelone...”